Ismaíl Kadaré

La muñeca

Traducido del albanés por María Roces González

Alianza Editorial

Título original: *Kukulla*

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2015, Librarie Arthème Fayard
© de la traducción: María Esperanza Roces González, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-504-5
Depósito legal: M. 25.982-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

1

En abril de 1994, nos llamó mi hermano desde Tirana para decirnos que madre estaba agonizando.

Partimos Helena y yo en el primer avión que salía de París con la esperanza de encontrarla aún con vida. Y ciertamente aún vivía, pero ya no era consciente de nada. Se encontraba en la vivienda de mi tía de la calle Qemal Stafa, adonde la habían llevado unas semanas antes para poder atenderla mejor, y estaba en coma.

Mi primo carnal, Besnik Dobi, que la había llevado en brazos a casa de su hermana, tras explicarme por qué había decidido trasladarla de ese modo, dada la corta distancia existente entre la calle de Dibra y el comienzo de la calle Qemal Stafa, añadió: Además, era extremadamente ligera.

Al tratar de explicarse mejor, repitió poco más o menos lo mismo: ¡Es increíble lo ligera que era! Se diría que fuera de papel.

Como una muñeca de papel.

No estoy seguro de si estas últimas palabras eran suyas o fui yo mismo quien las pensó, pero tuve la sensación de que

no me extrañaban en absoluto. Se diría que cuanto estaba oyendo lo sabía de antemano.

Reviví una escena familiar, repetida a menudo en nuestra casa: nuestras hijas jugando a las muñecas con madre. Paciente, permanecía en medio de las dos mientras ellas le prendían en el pelo toda suerte de lazos y de horquillas sin cesar de repetir: «¡Madre, no te muevas!».

Recuerdo que a Helena le avergonzaba aquella escena, pero las niñas no le hacían caso. Madre no se queja, repetían. A ella le gusta, y ¡a ti qué!

Ligera. Los peldaños de madera de nuestra casa, habitualmente quejumbrosos, jamás crujían bajo sus pisadas. Porque, como sus pasos, todo en ella era ligero: sus ropas, su forma de hablar, sus suspiros.

En el barrio, y después en la escuela, habíamos aprendido todos esos versos dedicados a la madre. Algunos, e incluso una canción, mencionaban a quienes no la tenían, y en ellos el motivo *sin madre* se repetía de un modo tal que se te partía el corazón. No conocía a ningún compañero de clase que no tuviera madre, o quizá los hubiera, pero no lo confesaban. Según un compañero nuestro, no tener madre era una vergüenza, algo que otro, de la clase B, contradecía, puesto que, según él, lo vergonzoso era no tener padre. Dos de nuestras compañeras, Ylberja y Ela Laboviti, se reían de ambos, dado que, según ellas, no solo confundían la palabra «vergüenza» con «compasión» sino que no entendían nada de lo que hablaban.

De todos modos, la cuestión de la madre no era tan sencilla, es decir, que bastara con tenerla y que lo demás careciera de importancia. Podías estar entonando el día entero madre

querida, madre mía, la mejor del mundo, qué dulce fragancia desprendes y tralarí, tralará y, sin embargo, no sentirte satisfecho. Algunos, aunque no lo admitieran, se sentían descontentos, pues, en comparación con otras, sus madres, por no decir viejas, no les parecían lo suficientemente jóvenes. Pero tampoco esto parecía ningún cataclismo en comparación con lo que sucedía en la escuela del barrio vecino, donde había no una, sino dos madres separadas de sus maridos. Sin mencionar el caso de Pano X., que llegó llorando porque camino de la escuela alguien le había llamado «hijo de puta», y que ni siquiera se calmó cuando Ylberja y Ela Laboviti le explicaron que eso no significaba nada y que quienes utilizaban la palabra que empezaba por «p» para insultar a las madres de los demás podían tener ellos mismos la mosca detrás de la oreja.

Bien pronto llegué a percibir que yo mismo tenía un problema con madre, aunque bien distinto de los que acabo de mencionar. Tenía que ver principalmente con su ligereza, con aquello que más tarde me parecería su faceta de papel o de yeso. Al principio de manera confusa, después cada vez con mayor nitidez, comprendí que los atributos que casi nunca faltaban en los versos y canciones dedicados a las madres: la leche, el pecho, la fragancia, el calor maternales, no me resultaba fácil encontrarlos en la mía.

No era cuestión de frialdad. Su ternura se percibía de lejos. Sus cuidados, lo mismo. La carencia estaba en otra parte y, como comprendería más adelante, tenía que ver con su dificultad para imponer su presencia, con el traspaso de un umbral que, al parecer, a ella le resultaba infranqueable.

En definitiva, desde muy pronto he sentido que mi madre, bastante más que las evocadas en los versos, parecía una especie de dibujo o bosquejo del cual no se podía desprender. Incluso la blancura de su cara, sobre todo cuando se untaba sales de azogue, como le había enseñado doña Pino, la célebre engalanadora de las novias de Gjirokastër, cuya casa estaba casi pegada a la nuestra; incluso su blancura tenía la inescrutable rigidez de una máscara. Más tarde, cuando en un viaje a Japón pude asistir por vez primera a una representación del teatro kabuki, la blancura de los rostros de las actrices me resultó familiar. Guardaban el mismo secreto que el de mi madre, un misterio de muñeca, pero libre de espanto.

Del mismo estilo, de película de dibujos animados, eran sus lágrimas. La mayoría de ocasiones no entendía qué las motivaba. Del mismo modo que no comprendía cómo era posible que durante años no la hubiera sentido jamás entrar y salir del cuarto de aseo, como si nunca lo pisara.

Las madres son los seres más difíciles de comprender, me dijo durante una cena en París Andrei Voznesenski. El poeta, Helena y yo éramos invitados de Alain Bosquet y aproveché para preguntarle, entre otras cosas, por unos versos suyos, compuestos como un semianagrama, que habían causado sensación. En uno de los versos la palabra «madre», en ruso *mat* (acompañada del signo blando), se repetía tres veces: *Matmatmat,* mientras que la cuarta vez solo aparecía *ma* al final del verso, sílaba que unida a la «t» anterior de *mat* daba lugar a *tma,* que quiere decir *oscuridad*.

En aquella cena Voznesenski estaba tremendamente abatido, lo que supongo influiría en la explicación que acabó dán-

dome. Fue aquel mi primer y último encuentro con él, de modo que no pude aclarar en ninguna otra ocasión lo que quiso decir. Su explicación tenía que ver, poco más o menos, con la relación existente entre los sintagmas «madre» y «oscuridad», según los cuales el hombre sale del vientre de la madre como si surgiera de la oscuridad, y de ahí el círculo sin fin *matma, madreoscura,* en el que tanto la madre como la oscuridad resultan impenetrables.

Si bien me resultaba difícil hallar la causa de las lágrimas de mi madre, me pasaba lo contrario con su hartazgo. Ella misma explicaba el porqué, incluso con una expresión que, tras haber oído lleno de miedo la primera vez, cada vez que la recordaba me ponía la carne de gallina: «¡La casa me asfixia!».

Pronto supe que era la expresión habitual para manifestar la desazón que te producía la casa. Ahora bien, ello no impedía que, según la manía que había adquirido por entonces de indagar en el sentido de las palabras, tratara de imaginarme lo terrible que sería que la casa en la que vivíamos estallara un buen día y nos asfixiara.

2

Madre, que se mostraba impenetrable en tantas cosas, no ocultaba sin embargo que nuestra casa no le gustaba en absoluto.

A primera vista parecía explicable: una recién casada de apenas diecisiete años entraba desposada en una casa enorme. Lo quisiera o no, su primera impresión, incluso indirecta, habría de ser que una casona de aquellas dimensiones requería mucho trabajo. Máxime para una joven que, como supe mucho después por lo que contaban sus hermanas, era reprendida con frecuencia por su escasa afición a las tareas domésticas. Y aún más todavía si consideramos que ella iba a ser la única nuera, sin esperanza alguna de que pudiera venir en su ayuda una segunda, puesto que mi padre era hijo único y huérfano de padre.

La casa, además de enorme, era vieja y sobria. Y por si no fuera suficiente, su suegra, mi futura abuela, aparte de su reputación de tiquismiquis, tenía asimismo la de inteligente. Habría de pasar mucho tiempo para que comprendiera la verda-

dera razón por la que esa reputación de sobrada inteligencia molestaba a mi madre.

Es posible que la frialdad entre la recién casada y su suegra se debiera al desprecio o, más exactamente, a la nula fascinación que sintió la desposada por la casa. Aunque lo cierto es que la causa debió de ser más profunda y en cierto modo inevitable.

Es sabido que cuando las familias gjirokastritas acuerdan una alianza matrimonial, se hallan de repente ante una nueva situación. Aparte de la natural alianza entre dos clanes, surge, de modo imperceptible, una especie de atolondramiento, sobre todo en el periodo prematrimonial. Todo el famoso engreimiento de las viejas mansiones, su orgullo, arrogancia y vanidad, tenían ahora la oportunidad de patentizarse y sopesarse por los dos linajes a los que uniría la corona marital. En las largas noches de invierno, las futuras nueras y los futuros yernos habrían de escuchar toda suerte de dimes y diretes sobre la otra parte, del tipo: «Que no se vayan a creer mejores que nosotros», y otros del mismo estilo. Se desataba una especie de guerra fría en la que se enredaban espontáneamente ambas partes, pero sobre todo las futuras nueras y las futuras suegras, con la consiguiente inquina recíproca.

Dicho esto, se podría afirmar que, mostrara o no mi futura madre su desprecio por la mansión de los Kadaré, o pusiera o no de manifiesto sus remilgos mi abuela respecto a ella, la frialdad entre ambas resultaba inevitable.

Con el paso de los años y con enorme dificultad acabé por enterarme o, más exactamente, creí enterarme de la ininteligi-

ble crónica de la ojeriza que pretendían tenerse los Kadaré y los Dobi.

Lo que parecía fácil de entender se enmarañaba súbitamente, hasta que en cierto momento llegaba a resultar completamente indescifrable. Y después al revés: la niebla se desvanecía de repente, a tal punto que todos exclamaban: ¡Ah, conque era eso, cómo pudimos estar tan ciegos para no verlo!

El embrollo residía en la imposibilidad de establecer cualquier clase de comparación entre ambos clanes; comenzando por las mansiones, tan diferentes entre sí que ni siquiera cabía suponer que pertenecieran a la misma ciudad.

De toda la sobriedad y vetustez de nuestra casa carecía la del *babazot*[1], como llamaban a mi abuelo materno. También la suya era muy grande, pero no tenía bodegas abismales, ni aljibe, ni extravagantes escaleras de madera, por no mencionar las habitaciones desocupadas, el calabozo, los pasadizos secretos, los distribuidores o antesalas (recibidores) sin sentido. La casona de los Dobi tal vez fuera diferente porque estaba aislada, sin barrio ni calles que, en cierta forma, obligaban a las casas a parecerse. Estaba en una zona solitaria, cerca de la fortaleza y de un impetuoso torrente. A falta de secretos, contaba con un vasto terreno alrededor que podría considerarse un patio con una edificación accesoria en medio, llamada la sala de afuera, y en la que vivía una familia de gitanos, antiguos criados de la casona.

---

[1] Literalmente «señor padre», abuelo materno. En ciertas zonas de Albania designaba con anterioridad al jefe de la familia patriarcal y, por extensión, era un apelativo cariñoso y de respeto para dirigirse al abuelo de mayor autoridad. *[N. de la T.]*

En lugar de contribuir a nivelar el desequilibrio existente entre las dos mansiones, sus moradores no hacían más que acentuarlo. Los Kadaré y los Dobi, como sabría más tarde, diferían entre sí mucho más que sus residencias. La principal diferencia, que saltaba inmediatamente a la vista, era que mientras la mayoría de miembros del clan de los Dobi aún vivían, la mayoría de los del clan de los Kadaré estaban muertos. Cuando de vez en cuando encontraba en algún rincón una vieja fotografía y corría a preguntarle a mi abuela de quién era y dónde estaba, su respuesta me partía el alma. ¿Y este de aquí?, le preguntaba a los pocos días cuando encontraba otra fotografía, y su respuesta siempre era la misma: No está ya en este mundo.

Las demás diferencias, como los árboles, los pájaros, los violines de los gitanos, los aparceros griegos de las que fueran propiedades del *babazot,* las tías y los tíos maternos, tampoco carecían de importancia, pero lo malo era que no había forma humana de comparar lo suyo con lo nuestro. ¿Acaso podían ser comparables, por ejemplo, los acordes de los violines con las dos estancias en las que no se permitía entrar o con la prisión: *hapsanë,* como se llamaba el calabozo? Tíos y tías por parte de padre, pongamos por caso, tenía por cierto que no podía tenerlos, pero según mi abuela, en el caso de haberlos tenido, no podría llamarlos de la misma forma que llamaba a mis tías y tíos maternos[2], porque serían hermanos de mi padre[3] y vástagos de ella.

---

[2] *Teze-ja:* tía materna; *ungj-i:* tío materno. *[N. de la T.]*

[3] *Hallë-a:* tía paterna; *xhaxha-i:* tío paterno. *[N. de la T.]*

(Más tarde, cuando los dos tíos maternos se marcharon a estudiar al extranjero, el uno a Budapest y el otro a Moscú, la falta de semejanza entre nosotros, más que en cuanto a su propia existencia, se materializaba en las cartas que llegaban desde tan lejos. A nuestra casa no llegaban nunca cartas de nadie, lo que me parecía normal porque, como se sabe, los muertos no las envían.)

La muñeca (estaba cada vez más convencido de que ese calificativo pretendía, si no sustituir a «mamá», sí convertirse al menos en sobrenombre suyo), *La muñeca,* decía, si bien tenía difícil expresarse abiertamente, era en cierto modo consciente de lo que le esperaba en la mansión de los Kadaré con todos aquellos altos ventanales, roperos, zaguanes, bodegas secretas, artesonados de madera labrada y, finalmente, el famoso calabozo y todos aquellos nombres resonantes: Seit Kadaré, Avdo Kadaré, Shahin Kadaré, y el más conocido de todos, Ismaíl Kadaré, bisabuelo mío, que, como me gustaba recordar a menudo, se había hecho célebre porque se le mencionaba en una canción, pero no, como cabría suponer, por haber matado turcos, sino por ser un figurín, o, más exactamente, por vestir a la moda.

La muñeca disponía de su particular ejército de árboles, pájaros, violines, hermanas y antiguos criados contra aquel intimidatorio pedernal. A primera vista parecía ingenua y frágil, pero guardaba su propio secreto. *La muñeca,* que ignoraba tantas cosas, estaba al corriente, según parece, del secreto que se ocultaba bajo el engañoso y vulgar nombre de «situación económica». Los Dobi eran gente de posibles, es decir, ricos, y los Kadaré no.

En ninguna de las dos mansiones se mencionaba este hecho, como si hubieran pactado que cada clan mantuviera su propia máscara. Bajo la máscara de aparente frugalidad, encubrían los Dobi su riqueza. Y lo mismo hacían los Kadaré: bajo su máscara de falsa grandeza encubrían lo contrario: la pobreza.

Aquella alianza matrimonial fue desde el principio equivocada, si bien lo que la motivó no lo llegaría a saber jamás.

3

Por más que he tratado de imaginarme la llegada de la recién casada a casa del marido en 1933, no lo he logrado en absoluto. Se interponía siempre una dificultad, un velo de niebla, en el relato de *La muñeca* o en mi propia fantasía. La dificultad surgía ya en el trayecto mismo. No me resultaba difícil seguir con la imaginación el cortejo nupcial desde la casa del *babazot* por el camino real al pie de la fortaleza hasta el «Cogote del Bazar», en el centro de la ciudad, ni descender luego la pendiente de la calle de Varosh. Era precisamente a partir de la casa del doctor Vasil Laboviti, la misma en la que en 1943 tuvo lugar la incomprensible cena con los alemanes, donde comenzaba, con la calle que conducía a nuestra casa, el surrealismo. La casa del doctor, cuya hija iba a mi clase, era la primera. Después venía la casa de Pavli Ura[1], otro compañero de clase cuyo apellido procedía de un puente, verdadero o falso, vete a saber, que debía de quedar debajo. En realidad lo

[1] *Urë-a:* puente. *[N. de la T.]*

que discurría por allí era un arroyo de considerables dimensiones que jamás había tenido puente, de modo que ni el mismísimo Pavli Ura lograba explicarse el porqué de su apellido. Ahora bien, algo más allá, ante la casa de los Fico, el mismo arroyo cambiaba de nombre y de «puente» pasaba a llamarse «Torrente de Fico».

La mansión de los Fico no solo era enorme sino tal vez la más hermosa de la ciudad, lo que, como decían algunos, sería razón suficiente para haber alumbrado al ministro de Asuntos Exteriores albanés más famoso de todos los tiempos. Cabe suponer lo fácil que le resultaría a la mansión, con semejante prestigio, darle su nombre al arroyo. Una parte del camino discurría junto a ella justo hasta la casa de doña Pino, con la que soñaban todas las futuras novias de la ciudad, pequeña, lírica y llena de tiestos de flores, casi pegada a la nuestra. Mientras que frente a los portones de ambas casas, retorcido, reculando, sin parecido con ningún otro, comenzaba el Callejón de los Locos.

A *La muñeca,* que no carecía de curiosidad, debió de llamarle la atención todo aquello, que, sin embargo, empalidecía ante otros desconocimientos. De las tres grandes incógnitas que la aguardaban: el marido, la casa y la suegra, es posible que fuera esta última la que más miedo le producía. Al marido lo había visto una sola vez desde la ventana poco antes de la boda. La fotografía de su futura casa se la había llevado un día un primo lejano, junto con los rumores que corrían sobre ella. De entre ellos, el más nebuloso era el del asunto del calabozo. Al parecer, la mansión de los Kadaré estaba entre las raras cuatro o cinco casonas de la ciudad que tenían cárcel; y esto, que para